

cisamente, atendiendo á la tan escésiva benevolencia con que él mira mis producciones literarias; sino porque demuestra la nobleza de su espíritu, amante fervoroso de la patria en que nació bien apesar de vivir apartado de ella; porque revela su devoción al Angel que la protege y su meritoria hidalguía.

Valgan pues, estas líneas como demostración eterna de gratitud al sacerdote cordobés que así enaltece la dignidad á que le elevaron sus sentimientos.

No menos reclama mi reconocimiento por la valiosa cooperación que ha prestado á este libro dedicándome generosamente la magnífica pintura cuya copia le precede el ilustre artista mi excelente amigo de Sevilla Don Virgilio Mattoni, tan justamente celebrado por sus cuadros *Las Termas* y *Las postrimerias de Fernando III el santo*, en los cuales como en otros suyos compiten siempre la destreza de su pincel, la luz de su ingenio y la religiosa emoción que lo anima.

También de gran protección y estímulo soy deudor á los beneméritos sacerdotes Don Manuel de Torres, muy digno Arcipreste de esta Santa Iglesia y artista, en la actualidad Director de la Escuela de Bellas Artes; al Canónigo de Valencia y ex-párroco celosísimo de Córdoba Don Marcial López Criado y al Rdo. P. Pueyo Superior de los Misioneros del Corazón de María de esta misma ciudad, restaurador del convento de San Pablo y amante fervorosísimo de las glorias cordobesas.

SAN RAFAEL EN CÓRDOBA

INTRODUCCIÓN

Aun boga serena, en la noble Córdoba, la barquilla de la fé sin que la hundan las olas de la impiedad: acaso no navegue con la firmeza de pasados tiempos y la indiferencia la estanque en ocasiones: pero, cuando la envuelven las tinieblas de las desgracias, vé, á poco, brillar y resplandecer, disipándolas, como sol benéfico, al Angel San Rafael. Todavía no falta el rudo campesino con mugrientos zahones y la vara entre la faja que, por instinto de veneración á su Custodio, se descubre reverente al pasar ante la imagen que corona el puente de Julio César, y sin embargo no conoce el *Padre Nuestro*. Todavía tócanse al ala del sombrero muchos cordobeses cuando cruzan ante el retablo de la estrecha calle de la Candelaria, y no es raro que alguna vieja devota se detenga para rezar á la imagen y alargue su trémula mano para soltar en el cepo el redondo ochavejo. Y todavía, cuando sale el Angel en procesión, no es raro que acicalados obreros de las colla-

ciones de Santa Marina y San Lorenzo se disputen la gloria de llevarle, hasta el extremo de sacar las panzudas navajas para conquistarse un puesto, y conducirle en hombros con aires de superioridad, reflejo, en este caso, de un orgullo noble. Ni faltan familias cristianas que coloquen farolas en los balcones de sus casas en las noches que son víspera del día siete de Mayo y del día veinticuatro de Octubre, en obsequio de nuestro celestial príncipe; y ni faltan, en fin, quienes tengan una estampa del Angel colocada tras de la puerta de su domicilio para que sirva de amparo y centinela.

¡Oh, pátria mía! ¡Tú, no conservarás la fé de los antiguos en el tiempo ordinario: la barquilla de tus esperanzas no bogará serena, é intentarán hundirla las olas de la impiedad y de la indiferencia: pero en las sombras de las grandes catástrofes, tú la empujas hácia el puerto de la Religión cristiana y no tienes más faro que San Rafael!

Son raras las familias cordobesas que no cuentan, á lo menos, con uno ó dos individuos bautizados con el nombre de nuestro Arcángel tutelar: y es rara, por consiguiente, la casa donde no habita algún Rafael ó alguna Rafaela. Aunque este nombre es hermoso y con él se distinguen muchas personas de las clases bien acomodadas y linajudas, abunda más en la clase obrera y del pueblo. No es muy aventurado el asegurar que para cada Rafael de familia opulenta, hallamos cien Rafaelas de la clase pobre: y que para cada Rafaela de aristocrático abolengo hallamos doscientos Rafaeles de la clase humilde. Está muy generalizado este nombre y en todas las familias se encuen-

tran, como he dicho, quienes lo tengan: sin embargo, han existido en Córdoba muy pocos Rafaeles sobresalientes en las ciencias, en las letras y en las Bellas Artes y menos aun que en nuestros tiempos en los antecedentes. En los siglos anteriores al nuestro no estaba tan generalizado este nombre y como los ingénios, en todas las épocas y en la reducida colonia de un pueblo, no son numerosos, hácese comprensible la carencia de Rafaeles ilustres: pero no dejará de causar extrañeza al amigo de escudriñar las sociedades pasadas la escasez de Rafaeles vulgares en una ciudad fervorosisima del *celestes médico* que la libertaba de pestilencias, de terremotos y de males sin cuento.

Ni pintores ni escultores sobresalientes se ven con ese nombre en la lista de los cordobeses antiguos: ⁽¹⁾ y en cuanto á la música no parece que hayan sido mis paisanos propicios á ella en lo pasado.

Han existido Rafaeles que mostraron aficiones literarias y que fueron muy beneméritos, aunque no figuran ni harán papel ciertamente en el catálogo de los hijos ilustres de fama nacional: ⁽²⁾ tales son, por ejemplo, los frailes *Rafael Rodriguez Mohedano*, *Rafael Leal* y *Rafael de Leiva*: el naturalista don *Rafael León Gálvez*: los presbíteros *Aguilar*, *Sierra* y *Cantueso*: don *Rafael de*

(1) Don Rafael Ramírez de Arellano, en su *Diccionario biográfico de artistas de la provincia de Córdoba*, cita á un Don Rafael Gómez, escultor de esta ciudad, hijo del Don Alonso Gómez de Sandoval.

Ramírez de las Casas-Deza, también menciona á otro escultor de Adamuz llamado Don *Rafael Cazalla*; pero es la verdad que ni el uno ni el otro han dejado rastros notables de su paso.

(2) Téngase presente que el autor no se ha propuesto hablar de los Rafaeles más eminentes como el famoso pintor de Urbino y limitase á tratar de los que nacieron en Córdoba ó en los pueblos de su provincia.

Vida y otros varios, á los cuales consagraré algunas líneas en más adecuado lugar.

En el arte de la pintura y especialmente como dibujante ha descollado don *Rafael Romero de Torres*, muy digno de buena memoria.

También me parecen dignos de recordación ciertos personajes cordobeses que sin ser literatos ni artistas resonaron, con más ó menos merecimientos, por la importancia ó condición de sus destinos ó cargos públicos y en esta sección caben muy bien, entre otros, el impresor don *Rafael Garcia Rodriguez* y el obispo de Guadix don *Rafael Dominguez Valdecañas*.⁽³⁾

Por su virtud distinguióse notablemente en el concepto popular el humilde sacerdote don *Rafael de Soto y Camacho*.

No está en mi ánimo tratar en el texto de esta obra de los *Rafaeles* cordobeses existentes, aunque no estén en mantillas, como suele decirse, en el ejercicio de las Letras, de las Bellas Artes y de otras profesiones.

Ni pareciera discreto introducir entre los notables á los *Rafaeles* que han descollado ó descuellan en la lidia de toros, en cuyo arte, á la verdad, no escasean: tal vez no pecara de inoportuno si yo tratase de cierto torero muy afamado y de noble alcurnia por aquello de que entre muchos españoles y extranjeros es conocida la *Colonia patricia*, tanto como por la patria del filósofo estoico y del poeta autor de *La Farsalia* y más quizá que por la cuna

(3) El nombre primero de este señor era *Antonio*, según consta en su partida de bautismo: mas parece que no lo usó sin el aditamento de *Rafael*.

de Ambrosio de Morales, de Góngora, etc., por la *patria de los dos Rafaeles*, aludiendo á *Rafael Molina (Lagartijo)* y á *Rafael Guerra (Guerrita)*. Como no he de ocuparme en este sentido ni aun en don *Rafael Pérez de Guzmán*, á quien aludí, consigno ahora que *Lagartijo*, según dicen, es sumamente devoto de San Rafael y tiene en el oratorio de su casa uno de plata, de gran valor. Efectivamente; son varias las fiestas solemnes que ha costado al Angel en su ermita en acción de gracias por haberle librado de percances funestos.

No alcanzó menos nombradía *Rafael Rodriguez Ordóñez*, apreciable sacristán de la ermita de nuestro Arcángel, durante muchos años, hasta su muerte: nadie le conociera por sus apellidos: pero nadie dejara de conocerle por *Rafaelico el de San Rafael*.

Pocos cuadros de verdadero mérito lucen en Córdoba con la imágen de San Rafael ó pasajes de sus revelaciones: y aún de estos pocos falta alguno que pintó el Racionero don Antonio de Castro. Trazaron su efigie, entre otros, don Juan de Valdés Leal, Antonio del Castillo, Alvarez Torrado, don Antonio Palomino y don Antonio Monroy.

En cambio: son muchas las estampas que se han publicado y lo son apesar de que me limito y refiero únicamente á las que sueltas ó en libros, están hechas en Córdoba ó para Córdoba, lo cual si no consta en todas es fácil de comprenderlo por ciertos atributos y pormenores. Las hay de Juan Díez, de Gómez y de otros más, pero sobresalen, generalmente, entre ellas varias que fueron grabadas por don Bartolomé Vázquez.

De las esculturás que representan á San Rafael no merecen ser citadas con particular mención nada más que la de don Alonso Gómez de Sandoval que se venera en su iglesia, otra de don Pedro Duque Cornejo y alguna de don Miguel Verdiguier.

Los plateros cordobeses que tanta fama dieron á su arte en nuestra ciudad, tampoco dejaron de mostrar su habilidad en obras representando á San Rafael: en realidad estas efigies de plata, consideradas escultóricamente, no son modelos de perfección: pero sí muy vistosas y notables. Entre las antiguas merece ser elogiada muy particularmente la que trabajó don Damián de Castro.

He visto también imágenes de San Rafael en escapularios y en medallas; pero no he tenido la suerte de hallar una que sea rigurosamente artística.

Y en cuanto á las obras literarias en honra suya, es verdad que son innumerables los folletos y opúsculos publicados y que no pocos tienen importancia histórica, como verá el lector más adelante; pero también lo es que fuera del *Triunfo angélico* de don Gerónimo de Vilches, son incompletas y las más de mala mano, aunque guiada por la buena voluntad: porque si bien es interesantísimo, por ejemplo, lo que escribió el erudito Diaz de Rivas, hay que tener presente que se ciñó á confirmar la verdad de las revelaciones. Y entre los autores que trataron de San Rafael por coincidencia, por devoción ó por necesidad, merece también particular mención Sanchez de Feria.

El libro de don Pedro Mesía, tan buscado de los bibliófilos, trata de las fiestas celebradas en obsequio de San

Rafael en 1651; pero no particularmente de sus excelencias ni de otros acontecimientos, indispensables para la historia.

No son pocos, además, los monumentos que, con la angélica efigie se han elevado y se ostentan en nuestras plazas y calles; pero ni aún el más principal de ellos es obra maestra, aunque todos son loables por la intención.

En resolución: las manifestaciones que Córdoba ha hecho por su Custodio en todo tiempo, no son excelentes por su mérito literario ó artístico; porque si bien las hay muy notables, pueden ser enumeradas con facilidad y no constituyen la regla generalísima: pero lo son sin duda por su fondo de buena voluntad y fervor singular. Y bien lo pregonan el número de manifestaciones. La imagen de San Rafael vése coronando, á modo de veleta, no pocas torres, campanarios y hasta chimeneas; su nombre lo han tenido ó lo tienen por distintivo muchos establecimientos públicos, colegios, fábricas, minas, conventos y sociedades. En Córdoba hasta los barquilleros rifan figuras de caramelo representando á San Rafael, y los rapazuelos se gastan con entusiasmo sus ochavos, ávidos de que el arco de hierro que da vueltas sobre la tabla, se detenga en el número correspondiente al sitio donde se halla el San Rafael de dulce. Hasta en los testamentos antiguos hechos en Córdoba acostumbraban muchos á nombrarle en la introducción ó declaración de fé que hacían como en un documento manuscrito de análoga índole que tengo á la vista, el cual está otorgado en 1752, y comienza «*En el nombre de la santtissima Trinidad Padre, Hijo*» etc.: y del

Glorioso arcánxel señor san Raphael titular y custodio de esta ciu.^d »

En un semanario de la corte, de gran popularidad, ví, hace algún tiempo, una viñeta referente á Córdoba, firmada por el afamado caricaturista *Cilla*. Revelaba ser un forastero comenzando á comer en una fonda de nuestra población. El huésped estaba representado en actitud de alzar la tapa de la sopera y con asombro miraba salir de su fondo á un San Rafael. Al pié de la caricatura estaba impresa la siguiente frase: *¡¡Hasta en la sopa!!!*

Efectivamente: San Rafael es una institución en Córdoba, y á la sombra de sus alas, ella triunfa de las grandes borrascas. En el día veinticuatro de Octubre no hay una casa que, al decir del vulgo, no se eche por la ventana, y, hasta en las bocas de los embriagados, en Córdoba no se oye grito más alegre ni más patriótico que el grito de *¡¡Viva San Rafael!!*

CAPÍTULO 1

SIGLOS XIII—XIV Y XV.—*Año de 1278*.—Aparición de San Rafael al Padre Simón de Sousa.—*1279*.—Colocación de una imagen de San Rafael en la torre de San Pedro.—*1293*.—El Obispo Don Pascual.—*1329*.—Fray Simón de Sousa.—*1486 á 1496*.—Traslación de los huesos del Don Pascual.

El nombre de San Rafael en el libro de Tobías por ejemplo, tiene resonancia y figura bastante desde tiempo inmemorial; pues nadie ignora que el justo anciano que sanó de la ceguera con las hieles de un pez de los que anidaban en el río Tigris, su hijo el jóven esposo de la hermosa Sara y esta doncella castísima lograron extraordinarias mercedes de nuestro Arcángel, quien, con ellos, se reveló, muy especialmente, como *guía de caminantes y medicina de Dios*: y esta familia de justos varones floreció nada menos que siete centurias antes de Jesucristo: tal nombre, pues, es conocido desde los más remotos tiempos: pero en la muy noble ciudad de Córdoba puede decirse que no sonó, á lo menos con entusiasmo, hasta los últimos años del siglo XIII. Podremos creer piadosamente como muchos autores que desde el principio del mundo Dios destinó un ángel á cada pueblo para que fuese su custodio y que por consiguiente San Rafael lo fué